

Bisagra de falacias

(de la Razón que impera)

José Blanco Regueira

El Estado en que vivimos, antes de ser un Estado de Hecho o de Derecho, es un Estado de Razón. El Estado habla: no ya por sus proclamas oficiales, hijas de un discurso siempre bastardo y circunstancial, vacío y paralógico, sino también desde la sede indeterminable de lo *determinante*...allí donde al ponerse calladamente como Razón, subyuga al sentido común y se da a la tarea de triturar ("normar") impunemente nuestra vida.

Puesto como Razón, el Estado digiere, desecha y recicla lo nuestro, precisamente por medio de la promoción de un "Nosotros" (La Sociedad, La Tradición, Lo Universal) que no es nadie, ni nada en absoluto significa.

El Estado es el Estado-de-cosas, el Estado-de-hecho, la "Realidad" que nos ha tocado vivir o hacer-como-si-viviéramos, lo irrespirable que respiramos todos los días a título de "situación dada", lo que inexorablemente, elevado por manos ocultas a pináculo de *fatum*, nos es propuesto como despeñadero vano de todos los impulsos.

Y esclavo de esta función suya, no puede por menos de establecer mecanismos elementales, burdos pero solapados, destinados a *digerir* (léase a "dotar de sentido") el cuerpo anónimo de la experiencia.

En poner de relieve uno de ellos quiere radicar el arranque del presente texto.

1

La superstición de la creencia en los "hechos", que no sólo es el síntoma nodal de la enfermedad "positivista", sino una polea de capital función en la maquinaria de ficciones que devora (es decir, "normaliza") nuestras vidas, forma parte de una escenografía en la que al pensamiento le es asignada una faena notarial, testimonial o de registro. Esta metáfora judicial, y en última instancia policiaca (en la cual se aviene el sentido teológico-cristiano del "dar testimonio de la verdad", con la exigencia violenta de "llevar un control" y asentar una constancia de los "hechos") implica dos falacias peregrinas y simétricas.

La primera consiste en creer -pues no puede ser éste más que asunto de fe- que cuando digo "*ayer me encontré con Pedro*" estoy enunciando *a posteriori* un hecho que se dio "antes" de ser así formulado. Es como forzarse a creer que el mosquito que le picó a Pedro en la cara cuando nos encontramos, también se encontró con Pedro en esos momentos, y que por tanto -cosa irrisoria- la declaración "*ayer me encontré a Pedro*", hubiera de tener un sentido común para el mosquito y para mí.

José Blanco Regueira. Doctor en Filosofía por la Universidad de París I (Sorbonne). Ha publicado *Sobre la teoría kantiana de la Imaginación trascendental, Existencia y Verdad (alrededor de Kierkegaard)*, *Antología de Ética y Diferir y Comenzar*.

“dónde” remite así, desde luego, a un *a-topos*, a un no-lugar asignado por la razón imperante a lo impertinente para poder ella misma sertirse en casa propia, en régimen de pertenencia. Resulta impertinente preguntar en qué espacio la experiencia de mi encuentro con Pedro *deviene* un hecho o –lo que es igual– dónde se opera la metamorfosis del gato en liebre, y ello es fácilmente comprensible, pues que para la razón imperante todas las liebres son gatos *a priori* (en acto o en potencia).

“Se” dice, sin embargo, que el enunciado refleja o expresa un hecho. Preguntamos entonces: ¿dónde se da el hecho así reflejado o expresado? En la realidad –“se” responde con toda desenvoltura. ¿Y qué es la realidad? Si se dice que es el conjunto de los hechos, aparte de que habría que justificar eso de que los hechos formen un conjunto, se incurre en una clara tautología, pues lo que se afirma es que el hecho se encuentra en los hechos o entre los hechos, lo cual no quiere decir absolutamente nada. Y si, por el contrario, no es la realidad el orden o conjunto de los hechos, entonces, ¿qué habremos de entender por tan venerable concepto? ¿Se aceptará la irrealdad de los hechos (cosa inadmisible para la ra-

zón imperante), o se recurrirá al subterfugio de identificar eso que se llama “realidad” con lo que líneas atrás llamamos experiencia? Lo malo es que en cualquiera de los casos, es forzoso deponer la tesis que se pretendía sustentar. Pues en el primero perderían los hechos el valor de “realidad” que da cuerpo al discurso registrador que los sustenta (la empresa de la razón, la notaría, se vería en el brete de atestiguar ficciones o asentar registro de irrealidades, cosa que aceptar no puede); pero en el segundo, se vendría por otro cauce a coincidir con la tesis impertinente que venimos sustentando: a saber que sólo la violencia instituida de la razón imperante puede justificar la idea de que los hechos reflejen, expresen o traduzcan la experiencia, de modo que aún sea lícito establecer entre ambas cosas una suerte de cándida ecuación [experiencia = hechos (de experiencia, claro)].

3

Lo señalado en 2 es tan fácil de entender como la diferencia entre encontrarme con Pedro y *estar* encontrándome con él (o haberme con él encontrado). Tanto el verbo estar como el verbo haber, introducen en mi experiencia del encuentro con Pedro un mecanismo de falsificación que suele pasar inadvertido (¿no es precisamente la Verdad oficial o común, un cuerpo hipertrófico compuesto de mentiras inadvertidas?). Porque incluso en el momento de encontrarme con Pedro, no es cierto que yo *esté* encontrándome con él. El *estar* se introduce ahí por subrepción, para mudar en hecho la experiencia y reducir así, insensiblemente, su volumen a la superficie lisa de los hechos numerables y ordenados, capaces de archivarse en el registro notarial de la conciencia histórica.

Si esta muda subrepticia no existiese, entonces lo que llamo “mi vida” (más por afán de vida que por convicción de estar vivo) se confundiría por entero con mi biografía, lo que viene a ser igual de absurdo y siniestro que pensar la naturaleza de la piel a partir de un proyecto de taxidermia. ¿No se aprecia acaso en ello, palmariamente, la huella del contubernio nihilista, que Nietzsche pensó voceando en el desierto, entre la Muerte y la Realidad Oficial (realidad-de-hecho, experiencia factualizada, archivada y sin cesar rememorada *por resistencia*, por pavor ante la inhumana libertad del devenir)?

No hace falta imaginar la existencia de un policía o un biógrafo ocioso que registre cosas como: “*el dieciséis de enero a las once de la mañana se encontró X con Pedro en la esquina de la avenida Morelos con Villada*”, para entender que el sujeto mismo de la experiencia, atávicamente amaestrado por el orden de la Realidad Oficial, se constituye en verdugo de su propia experiencia al mismo tiempo que accede a ella. La experiencia es aplastada *in ovo* por el sujeto que supuestamente la vive. Y vivir pasa a ser entonces, no ya una agonía, sino una especie de suicidio interminable.

Desde que me digo: “*me estoy encontrando a Pedro*”, yo mismo, constituido en ordenanza de la Realidad Oficial, procedo a *secuestrar* la experiencia de mi encuentro con Pedro. Esta operación de secuestro consiste en asignarle unos límites intransgredibles que podríamos enumerar así:

- 1) “Yo” (sujeto de la experiencia) soy sólo Yo. No puedo ser otro. Nada de esas tonterías esquizoides de Rimbaud (*Je est un autre*). Y sobre todo, Yo no puedo ser Pedro. Sólo puedo ser Yo a condición de: a) expulsar de mi seno vacío al Otro y b) nombrarlo como Otro (*Hola, Pedro, ¿cómo estás?*). El poder pronunciar esas palabras me reafirma en mi fortaleza vacía. Es evidente que Yo no soy Pedro, aunque también Pedro pueda decir “Yo” y encontrarme como a Otro.
- 2) “Me estoy encontrando”. –Aparte de la intromisión del estar, ya señalada, y que responde a la pregunta policiaca: *¿qué está pasando ahí?*, el gerundio en el que se conjuga el verbo encontrar(se) sujeta también a la experiencia del encuentro, al asignarle una localización temporal fija, anticipo inequívoco del otro tiempo verbal, tan característico de los reportes legales: “*habiéndose encontrado a las once de la mañana con Pedro...*”
- 3) “Con Pedro”. –Si yo no puedo ser Pedro, tampoco Pedro puede ser Juana de Arco. Eso sería un disparate. Bien sé yo (y reactualizo ese saber, tal como es norma, en el momento de encontrármelo) que Pedro es aquel-joven-rubio-muy-simpático-que-estudia-Administración-de-Empresas. Esa es la realidad (para mí, idéntico a mí) de Pedro (que tiene otra para sí, idéntico a sí).

La amarradura firme de estas directrices, anudadas conforme a un proceder invariable y repetible *ad infinitum*, consume el sacrificio de mi experiencia. Lo sé, lo tengo que saber, puesto que como Sujeto me instituyo en complicidad con la Realidad Oficial. Lo sé, porque



para decir yo (con todo lo que de odioso y abyecto encontrara ya la uña negra de Pascal al hurgar al desgair en ese término) he tenido que estampar sobre mi vida misma el beso de Judas que me permite encontrar un sentido en las palabras bajas y aviesas (*Hola, Pedro*).

4

(Al saludar a Pedro, lo doy por muerto, coloco su vida en la misma pira de sacrificio sobre la cual se ejerce el imperio de mi Yo sobre-viviente. Doy por sentado –y asumo– que ser sujeto sólo se puede habiendo renunciado a vivir².

Es evidente que el nihilismo reposa sobre una perversión de la voluntad de sacrificio. Lo que sobre esto dijo Bataille, repensando a Nietzsche al sesgo, sigue siendo la última palabra: la más baja, la más cierta, la más herida. Una palabra que demuestra la miseria y la sinrazón de la Razón que nos rige –o por la cual insistimos en regirnos).

5

Pero la confusión de lo empírico y lo fáctico, y el subsiguiente escamoteo de toda interrogación sobre la muda de lo uno en lo otro, constituye tan sólo una de las dos hojas de la bisagra de falacias cuyo examen nos ocupa. La otra –que hace juego con ella, plegándose o desplegándose según el ángulo que convenga– reduce el pensamiento a un *discurrir-sobre...*, rechazando la inconveniente posibilidad de que pensar llegue a constituir en sí mismo una experiencia. El pensamiento *se despliega* a partir de la experiencia (ex-posición, apertura de la bisagra) o *se repliega* sobre ella (sobre-posición, cierre de la bisagra), pero en ningún caso ha de poder confundirse con ella, pues esa posibilidad disolvería el juego de la bisagra en cuanto tal, al terminar con la duplicidad de las planchitas que en el gozne se separan e integran.

Bien es verdad que, cuando habló por boca de Hegel, en un estado de apoteosis dialéctica, la Razón Oficial proclamó, haciendo girar incontables veces de un lado a otro las hojas de su bisagra, que la verdad de la una estaba en la otra, y la de ambas en la charnela única que las articula, la cual se halló así exaltada en su supuesta simplicidad como Absoluto, corriendo un tupido velo sobre los gorriones y tejuelos que como vertebrillas la componen, y sobre el trabajo ímprobo que significa unirlos para evitar cualquier chirrido delator.

Que la experiencia sea pensamiento y el pensamiento experiencia, que la verdad de las planchitas giratorias esté dada en el eje sobre el que giran, es falacia que interviene aquí para armonizar un conjunto trinitario de sospechoso propósito. Para admitir que la experiencia sea pensamiento habría que conceder, por ejemplo, o que los brutos nada experimentan, o que piensan sin saberlo, habitados que estarían por un Sujeto Pensante (Dios) sin percatarse de ello. Lo primero es una simple sandez y lo segundo una solemne desvergüenza que agravia a la naturaleza animal.

Y en cuanto a eso de que el pensamiento *sea* experiencia, hay que notar que esta afirmación va en contra precisamente de que *pueda* serlo, pues si lo es, ya no lo puede, sino que lo es³. Lo que semejante aseveración anula o solapa es el *poder* que el pensamiento tiene de arriesgarse más allá de los límites que le asigna la Razón Registradora, es decir de desasirse de la función servil que consiste en ser un discurso-sobre...(los “hechos”), una “ciencia de la experiencia”.

Es verdad que lo que la metafísica moderna promueve como reflexividad o conciencia-de-sí nos muestra al pensamiento experimentándose a sí mismo y habiéndoselas a solas, en una suerte

de cópula especular, con su propia substancia. Pero esto no se presenta ahí (en Descartes, en Hegel o aún en Husserl) sino como una reduplicación del efecto-bisagra: el pensamiento, al acoplarse consigo en la conciencia reflexiva, hace bisagra con su propio ejercicio, girando en torno al eje vacío del *ego cogitans*, para enseguida, advirtiendo en sí propio esa ausencia que llaman “de objeto”, volverse hacia la hoja de la “experiencia” en procura de un algo que pensar. Con esto queda al desnudo una bisagra en la hoja misma de la bisagra, una segunda potencia del efecto que venimos estudiando. Y esta segunda potencia anuncia, lateralmente, aquella línea de fuga *ad infinitum* que ya Aristóteles había trazado al examinar la teoría platónica de la Idea (si hay una Idea de algo, ha de haber a su vez una Idea de esta Idea, y por tanto una Idea de esta Idea de la Idea, etc...), lo que en términos del moderno uso de la razón significa (como lo avistó Fichte) que si hay un Yo pensante y un Yo pensado, es forzoso que un tercer Yo los pueda pensar a ambos y ser pensado a su vez por un cuarto que comprenda la acción pensante de los tres primeros...

Pero todo esto sólo anuncia una posibilidad de desquiciamiento por multiplicación de charnelas en las hojas de la bisagra “simple” que al principio nos ocupaba: es el peligro de que el gozne prolifere en una infinitud de goznes y que la hoja de la bisagra, como el ala de la mariposa, sea capaz de pronto de exhibir un número incalculable de ejes propios, aunque todos procedan, por repetición y traslación geométrica, del eje “original”, o puedan ser reducidos a él.

6

Pero no nos alarmemos. Todo está bajo control. Porque antes que soportar perderse así en la infinitud de lo rigurosamente incalculable, una hoja de la bisagra recurre al concurso de la otra (que para ello ha sido puesta *a priori* como hoja-de-bisagra, y no como planchita suelta o superficie de inscripción independiente). La inteligencia contundente y muy práctica de Husserl, le aclarará a esta conciencia-de-sí presa del vértigo, que ella misma no puede escapar, ni siquiera en los espacios vertiginosos del delirio, a la “estructura intencional” que la vincula (en bisagra) a lo Otro (reducido como “objeto”). *Toda conciencia (de sí) es conciencia de objeto*: eso anuncia que la fenomenología, antes de abrir ante los ojos del pensamiento un campo literalmente infinito de descripción, sujeta en bisagra a la *noesis* y al *noema* de manera irremisible e infrangible, y hace caber en la dura finitud de esta estructura, cuanto pueda acontecer por pensamiento o experiencia⁴.

7

Mas ¿qué ocurre si nos volvemos hacia la otra faz de este mecanismo bicéfalo e implacable? ¿No le ha de quedar acaso a la experiencia la simétrica posibilidad de plegarse sobre sí misma, elevando como es debido a la segunda potencia el mecanismo de re-plegue? Naturalmente que sí (“se”, otra vez, nos responde), sólo que entonces la experiencia conoce cierta involución fetal, que acaba por transformar su cuerpo, antaño desplegado y expuesto en hechos, en una esfera muda que ya no dice nada. Y del mismo modo que el pensamiento, puesto en tesitura de experimentarse por reflexión, clamaba por lo Otro y pugnaba por hallarse con él, así también la experiencia cerrada en sí aquende toda constitución de hechos, reclama el poder del habla (exhibición parlante, *Dichtung*) para “reconciliarse” con la Verdad.

Lo malo para esta organización en simetría de los reclamos y de las carencias, es que el ideal de concentración que preside su

despliegue nunca llega a cumplirse. Dicho en otros términos: ninguna Identidad puede afirmarse sin violencia. O bien: las dos hojas de la bisagra no son superficies, sino volúmenes dotados de peculiar textura, lo que vuelve imposible, no sólo su identificación, sino incluso su perfecto acoplamiento mecánico. Ello significa que no sólo la dialéctica es falaz y abusiva (pues declara como hecho lo que nunca puede hacer), sino que incurren en lo mismo –si bien con menos desenfado y con más cazurra modestia– las tentativas dualistas de embroque, al estilo del idealismo trascendental. En cualquier caso se piensa la experiencia a partir de la noción de *objeto-de-experiencia* (real o posible), lo que implica la suposición simétrica de una subjetividad constituyente, y el hecho de que lo pre-objetivo y lo pre-subjetivo sean precisamente atenazados por vía negativa en ese “pre-”, es decir alcanzados por retrospectión como aquel fondo oscuro que antecede al mundo de los hechos, pero que en esa relación de antecendencia, lo contiene ya *virtualmente* como su destino implícito.

Parece claro que este modo de acceso a la experiencia bruta, concebida como el fondo “antepredicativo” del juicio (Husserl), el mundo de la “comprensión pre-ontológica del ser” (Heidegger) o el inconsciente interpretado como pre-conciencia (malinterpretación filosófica que Freud denuncia y que está registrada en Hegel, por ejemplo) nos muestra a un *Logos* imperialmente instalado en su fortaleza, pensando lo que queda *extra muros* como algo destinado a devenir verdad al reducirse a la intimidad de la razón, *intra muros*. En la experiencia muda se insiste en encontrar pre-delineado un logos balbuciente. La experiencia quiere-decir, *tiene que querer-decir* aún antes de que nada diga. Con este expediente se reduce su carne a un estado de infantilismo: es como el cuerpo ruidoso del niño que ansioso (“se” supone) por hablar, sólo logra emitir vagidos y murmullos guturales sin sentido. La experiencia tiende, con patético esfuerzo, hacia el lenguaje. Es evidente que esta tesis reposa sólo sobre una aberrante hipóstasis del mecanismo retrospectivo de la Razón, y nos coloca a un paso de emitir tonterías tan sonantes como aquello de que “el hombre es la verdad del mono” o el fruto la verdad de la simiente.

8

Pero no caigamos tan bajo, pues que otros, alzados en alturas muy superiores, se encargaron de hacerlo por nosotros. Regresemos a lo que en 1 se apuntó incidentalmente: aquello de que el mecanismo primordial de la Razón Dominante habría que describirlo como un régimen de incorporación-excorporación, es decir un régimen digestivo.

Ahora se ha de ver con claridad que la función o razón final de la bisagra consiste en un ejercicio mandibular, masticatorio de las libres diferencias, y que por tanto es preciso ubicarla, con todo su frenesí repetitivo, en el pórtico oral de un sistema de digestión cuyo término (sólo aparente, claro es, porque la Razón Oficial es dialéctica y *lo recicla todo*) desemboca en la de-posición de lo restante (nuestra experiencia transformada en mierda, en dinero o como quiera llamársele.)⁵

Cerrado este aparato o máquina transformadora sobre sí mismo, le es preciso no obstante reabrir de continuo un conducto de alimentación, por el que lo Otro advenga a su seno y sea violentamente transformado en Mismo. Lo ideal sería, desde luego, que lo Mismo fuera capaz de generar en sí propio, según el deseo de Hegel, su substancia, de suerte que el Sistema pudiera clausurarse íntegramente, al descubrir en su entraña una virtud generativa. Pero por desgracia para su Idea, eso resulta imposible, y el recurso dialéctico a la coprofagia (obligado en esta economía intestinal) sigue siendo insuficiente (no se puede llegar nunca al estado ideal de un resto = cero). De suerte que por más que se recicle lo sobrante, por más que nuestra experiencia, transformada en basura, retorne al orificio original de ingestión, el proceso no perderá jamás su carácter de pesadilla interminable, y nunca será cierto que mi experiencia del encuentro con Pedro se deje reducir al discurso que enuncia: *Ayer me encontré con Pedro*.



Prueba de ello, y la más palmaria, la aporta la colocación de la mandíbula en *el sitio del acceso original*, allí precisamente donde *la idea de origen tiene por función ocultarnos el abismo*, aquello que todo ser humano ha de relegar a las tinieblas para seguir viviendo con el candilillo vacilante de su triste y hogareña lucidez, perdido al mismo tiempo en el seno de la inmensidad intempestiva.

Lo significativo es precisamente que ese sitio se instituya en el *a-topos*, en el no-sitio, allí donde precisamente la experiencia humana (hay que leer humanizada) supo y tuvo que enfrentarse con el volumen desnudo de lo que este aparato digestivo ha de reducir *a priori* a escoria, resto institucionalmente insignificante, si hemos de atenernos al delirio que la *Bedeutung*, prendada incorregiblemente de sí, se atrevió aún a formular como norma, en los estertores de su original impulso⁶.

9

Que todo haya de venir a registrar *un* sentido (en las oficinas de la Notaría Universal que avala este proyecto enfermo) es exigencia que sólo puede ser oída a partir de una práctica libérrima en apariencia, pero cuyo fondo exhala una obsesión anal, servil en suma.

Hiede la "libertad" que respiramos, muy lejos del hedor noble y espontáneo de una natural ventosidad, con el tufo que marca a los hijos de la Bisagra, que vienen a ser a la postre sus padres, pues la Bisagra es huérfana y anónima, Universal según lo exige el ideal de eficacia que norma su dispositivo.

Todo exige que lo que "se" hace no sea hecho por nadie, pero sí por todos. Carne fresca requiere esa Mandíbula, carne capaz de anonimato, carne en trance de devenir un bolo alimenticio, una masa sin vida susceptible de reconocerse en el "sentido común".

Riámonos entonces de la aidez de las mandíbulas de Cronos: estas *otras* (¿lo serán en verdad?) que lentamente nos mastican, las aventajan al menos en un punto, pues ponen como aliño la diacronía en la lápida sincrónica que da razón de nuestras vidas.Δ



NOTAS

- 1 Este violento "mecanismo diferencial" opera sobreponiendo una diferencia establecida por él (bajo el modelo bipolar y dialéctico de Lo Mismo y Lo Otro) a un mundo de "pequeñas diferencias" en estado salvaje, como las que animan, con el clamor indecible de un hormiguo "sin sentido" (es decir, aún no sujeto a significación) el cuerpo del recién nacido, puesto ya, sin saberlo, en el ara de la *Bedeutung* (querer-decir). Hasta la fecha, que sepamos, nadie ha explorado con tanto acierto y brillantez los pasos de este proceder perverso, como Gilles Deleuze (*Différence et Répétition*, P.U.F., París, 1969).
- 2 En un texto inédito de próxima aparición, tratamos de describir cómo la constitución de toda subjetividad posible reposa sobre la confusión previa de la vida con la sobre-vivencia, lo que implica que las categorías del discurso subjetivo/objetivo puedan y deban ser descifradas a partir de una lógica del sobre-viviente.
- 3 En un libro de reciente aparición (*Contra el tiempo*, ed. Lucina, Zamora, España, 1993) Agustín García Calvo llega todavía más lejos en este deshilvane de las puntadas metafísicas que la razón imperante sitúa entre lo posible y lo real. Ahí se encuentra lo real —perfectamente admitida su realidad— tachado sin embargo (o precisamente por ello) de imposible.
- 4 Merleau-Ponty fue tal vez el único que, situándose dentro del campo fenomenológico y admitidas las reglas husserianas del juego, trajo a la luz el carácter derivado y reductor propio de las estructuras noético-noemáticas y formuló reiteradamente la necesidad de pensar su génesis a partir de un estrato de experiencia del que constituyen a la vez la resultante y la falsificación. *Chair du monde* (carne del mundo) aplastada, ortopedizada en la bisagra sujeto/objeto. (Cfr. al respecto, los escritos póstumos reunidos en *Le visible et l'invisible*, ed. Gallimard, París, 1961).
- 5 A lo cual hizo en su día, mucho antes de que vinieran a ocuparlo temas tan frívolos como el de la "posmodernidad", una alusión certera Jean François Lyotard al repensar *La place du retournement dans le concept d'aliénation marxiste* (in *Discours, Figure*, ed. Klincksieck, París, 1971). Ahí se desembosca, entre otras cosas, la acción de *broyer* (triturar) que sobre nuestras vidas ejerce la mandíbula insaciable del Capital, fundado como está en Razón.
- 6 De lo que queda huella breve y luciente en el opúsculo de J. Derrida (*La voix et le phénomène*, P.U.F., París, 1967).